María está asociada, como ya hemos dicho, á su Hijo Jesus en la redencion del género humano, en la regeneracion de la naturaleza, en las maravillas de este reino que milita bajo la cruz y camina para el cielo. Todas las grandezas de este cuadro de restauracion universal reflejan las glorias de María; todas las gerarquías ilustres de la nueva Jerusalén tienen á su frente el nombre de María: la virginidad la reconoce como su tipo, el martirio la reconoce su modelo, el apostolado la busca como su apoyo, el sacerdocio se acoge á ella como su escudo: de ella emanan las glorias de la sabiduría, los prodigios de la ciencia: de ella se sostienen las esperanzas de la virtud y con ella se acrisola la santidad.

¿Será extraño que véamos así mismo á María como la Reina de la Iglesia católica, y que desarrolle sobre toda ella su proteccion, y la cubra con sus alas, y la defienda con su brazo, y la engrandezca con sus títulos, y la ilustre con su nombre? El cuidado que tiene María en la propagacion de la fe, en el establecimiento de los órdenes religiosos, en la conducta de los prelados de la Iglesia, en el ministerio del sacerdocio, en la extincion de las herejías y los errores, &c., &c., nos ilustra suficientemecte acerca de su poder sobre los destinos de la humanidad.

No nos es fácil, porque nos estrechan demasiado las leyes del método y los límites de un capítulo, detenernos mas en esta rica y fecunda materia; pero no concluirémos sin reasumir en dos palabras nuestros pensamientos acerca del culto de María en sus relaciones con la esperanza cristiana. Esta esperanza descansa en la posibilidad y realizacion de lo que mas vehementemente se desea, y María con dos títulos que tiene, llena estas condiciones. Es Madre de Dios, es Madre del hombre. Madre de Dios, todo lo puede por comunicacion de su divino Hijo; Madre de nosotros, todo lo quiere, porque nuestra felicidad está constantemente en su pensamiento y en su corazon.

CAPITULO VII.

DE LA BONDAD DE MARIA.

Este poder soberano, este poder absoluto, este poder universal que le concedió el Señor, por tantos títulos se hace sentir, no en el terrible espectáculo de los castigos, sino en el cuadro inefable de la ternura y del amor. María reasume, digámoslo así, toda la excelencia de su ser y toda la fuerza de su poder en la ternura de su corazon de Madre: todo lo que hace es en favor de sus hijos: en el cielo intercede por nosotros; en la tierra nos comunica la gracia; es nuestro apoyo en la vida; es nuestro escudo en la muerte. Es, pues, necesario manifestar cómo todo el culto de María viene á terminar en el de su corazon, en el de su bondad. Por su bondad es Madre de los hombres, es Madre de los pecadores, es Madre tierna y especialísima de sus devotos. De estas relaciones tan íntimas nacen claramente nuestros deberes de adorar sus excelencias, de acogernos bajo su poder, de corresponder con nuestra piedad á su amor.

"¡Cuán admirables, cuán sublimes son las relaciones que nos unen á la Vírgen Santísima! No pueden hallarse en parte alguna del mundo otras mas fuertes y estrechas. María es nuestra Madre, nuestra Señora, nuestra Reina, nuestra Bienhechora, nuestro refugio, nuestra esperanza, nuestra vida: ¿en qué parte se ven reunidos tantos títulos, y tan propios, para excitar el amor mas tierno?"

"María es nuestra Madre, y lo es por la voluntad de su Hijo: San Juan, postrado al pié de la cruz, nos representa á todos cuando Jesucristo le dirigió estas dulces palabras: "He aquí tu Madre:" y cuando dijo á María: "He aquí tu hijo." El divino Salvador dió entónces á la Vírgen Santísima por hijos suyos á todos los hijos de la Iglesia; y la Vírgen los adoptó á todos en la persona de San Juan. Por otra parte, habiendo Jesucristo querido adoptarnos á todos por hermanos suyos, nos ha hecho con esta adopcion hijos de su propia Madre. Y esta prerogativa de Madre dada á María por Jesucristo, no puede ser una prerogativa vana, ni un nom-

bre sin realidad: al contrario, produce en el corazon de la Vírgen Santísima todos los sentimientos de una Madre verdadera. Podemos, pues, confiar con toda seguridad que encontrarémos en el corazon de la Vírgen todas las disposiciones de una buena Madre con respecto á nosotros. ¡Ah! ¿Qué corazon sensible podrá resistir á tantos atractivos? ¿Qué sentimientos de amor y de ternura no merece la Vírgen de nosotros?"

"A la calidad de Madre debemos añadir la de Bienhechora, de refugio, de esperanza: calidades que reconoce toda la Iglesia, y con ella todos los hijos verdaderos."

"Las almas ilustradas con la divina luz aman á la Vírgen Santísima con indecible amor y ternura: no hai hijos que amen tanto á su Madre, no hai creados que se empleen con mas celo en el servicio de sus señores y deseen mas la gloria de estos, que lo hacen con respecto á María sus fieles siervos. San Bernardo decia, que para él no habia gozo mas dulce y completo que hablar de las alabanzas de María; que el solo nombre de María inflamaba su corazon; que no podia renovar la memoria de este nombre sagrado sin experimentar una dulzura celestial. San Buenaventura experimentaba la misma fuerza de amor, de que están llenos todos los pasajes de sus obras en que habla de la Vírgen Santísima: mas sobre todo, se nota en el Salterio que compuso en honor de María en el cual reunió por una parte todo lo mas grande y sublime que se puede decir y pensar de la Vírgen, y por otra, todo lo que puede inspirar el mas acendrado amor." [1]

Por mucho que la mente se fatigue, nunca podrá comprender todo lo que importa para el hombre la bondad de esta creatura, que con ser Madre de Dios, lo es todo; y que no por serlo todo, se ha desdeñado de ser nuestra Madre. Vano seria el empeño de seguirla en esta vastísima carrera, que comprende la historia de los beneficios que ha hecho y no deja de hacer un instante á los hombres. María nunca es invocada en vano por sus devotos: es nuestra abogada para con Dios: su intercesion valiosísima es un agente continuo que ejercita la bondad y la misericordia en favor de los hombres.

Por eso la Iglesia, en esa serie de aclamaciones que dirige á María en medio de su culto, parece haber querido compendiar todos los títulos en que se funda la esperanza de todo el género humano en el poder de esta Reina. Madre de Dios, lo es por este solo hecho de la gracia divina, de este alto poder celestial que nos eleva hasta Dios. Vírgen purísima, Inmaculada, Santa, elegida entre millares, se ofrece á los ojos de Dios como un objeto predilecto atrayendo de continuo las miradas de su amor; y por esto le es comunicada una fuerza superior á todas las fuerzas de las creaturas, por esto se la representa en las sagradas letras mas fuerte que los ejércitos invencibles en batalla. Tiene la fuerza de la sabiduría, y por eso se la representa como su mismo Trono: tiene la fuerza de la predestinacion, y por tanto se la designa como un Vaso espiritual escogido del mismo Dios, como un Vaso de honra y señalado culto: tiene la fuerza de todos los atractivos de la santidad y la virtud, y por lo mismo mira la Iglesia en ella la Torre de marfil preciado, la Casa de oro y la Estrella matutina: tiene la fuerza del influjo y del mas alto ascendiente para con el Altísimo, y por eso nuestras almas la contemplan como el Arca de la alianza y la Puerta del cielo: tiene la fuerza mas irresistible contra el dolor y la tribulacion, y por eso la busca el que padece, la aclama como consoladora de los afligidos el que gime bajo el peso de la tribulacion, y tambien espera el alivio de sus males físicos, el recobro de su salud perdida el enfermo desde el mismo lecho de su dolor: tiene el poder de la felicidad, el poder de un gozo cumplido y verdadero, el poder del amor divino que nos anticipa en cierto modo la bienaventuranza, y por esto la cantamos tambien como la Causa de nuestra alegría. No hai tinieblas que no disipe este clarísimo espejo que refleja sobre el mundo toda la luz del Altísimo: no hai ignorancia que no desaparezca con el magisterio de esta creatura que portó en su vientre á la Sabiduría misma: no hai vicio que no destruya esta Reina Inmaculada concebida en gracia para ser el azote del pecado: no hai virtudes que no forme esta Vírgen escogida para ser el tipo de todas las virtudes y para ser la Reina de los ángeles y de los santos: no hai lágrima que no enjugue esta Vírgen Madre que al pié de la cruz nos recibió á nosotros por hijos suyos, para ser nuestro apoyo y nuestra esperanza.

Y no porque nos vea desnudos de la blanca vestidura y cubiertos con la pestilente lepra del pecado, nos niega en la presencia de su Divino Hijo. Quiere ser, es de facto, y se complace en ser aclamada por la Iglesia Refugio de pecadores. Nos ama y nos compadece, nos vé paralíticos y nos tiende los brazos para llevarnos á la Piscina; nos mira ex-

1 Anuario de María.

traviados y nos tiende su mano para volvernos á los caminos de la justicia y de la santidad. [1]

CAPITULO VIII.

DE LA ADORACION QUE CORRESPONDE A LA SANTISIMA VIRGEN Y A LOS SANTOS.

Despues de haber hablado del culto de los santos, dedicado un artículo á tratar exclusivamente de la Santísima Vírgen, bajo el triple aspecto de la fe, la esperanza y la caridad, no será fuera de propósito decir una palabra sobre la adoracion que corresponde á la Santísima Vírgen María y á los otros santos.

En el libro sétimo, cap. V, § VI probámos teológicamente que á Jesucristo se debe la adoracion que corresponde á la Divinidad; conviene á saber, una adoracion directa é inmediata conocida vulgarmente con el nombre de adoracion de Latría. Pero hai otra especie de adoracion indirecta ó mediata, de la cual vamos á hablar por ser la que corresponde á la Santísima Vírgen y á los otros santos.

Ya hemos dicho y probado con diversas clases de argumentos que los santos son tambien objeto del culto, y que bajo este respecto pueden y deben ser invocados, que el culto de los santos afecta igualmente nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad; pero siempre relativo y nunca absoluto, léjos de terminarse en los santos como en su fin, termina en Dios, único ser á quien natural y esencialmente corresponden todos los homenajes. La adoracion de los santos afecta directa ó inmediatamente á ellos, pero en último resultado termina en Dios, como en su fuente. El que adora á los santos no hace mas que adorar en sus obras al Autor de la santidad, al Santo de los santos, á Dios en suma: el que invoca á los santos no se los propone como dispensadores de los bienes que solicita, sino como intercesores para con Dios, el único dueño de todos los bienes y árbitro supremo de la felicidad ó del infortunio, de la vida y de la muerte. Así, pues, hemos calificado la adoracion de los santos como una adoracion indirecta ó inmediata de Dios;

1 Estos tres párrafos con que concluimos el capítulo VII están tomados de nuestra Pastoral sobre la declaracion del dogma de la Concepcion Inmaculada de María.

y esto basta para reconocer que ella es una consecuencia tan esencial de la obligacion de adorar á Dios, que sin ella no podriamos en el rigor de la palabra, ser adoradores en espíritu y en verdad.

Dios habla por el órgano de sus individuos, por el órgano de la Iglesia, y así ésta como aquellos cuentan entre nuestros deberes religiosos el culto, y por lo mismo, la adoracion de los santos. Rehusarles este homenaje, seria, pues, desobedecer á la Iglesia, y de consiguiente á Dios, é incurrir por este solo hecho en alguno de los delitos opuestos al deber que tenemos de adorar al Señor. No nos extenderémos mas á este propósito, porque los argumentos empleados en favor del culto de los santos, convienen igualmente á su adoracion. Esta, por no ser directa, se conoce con el nombre de Dulía, y la que tributamos á la Santísima Vírgen María, Madre de Dios, se caracteriza y distingue con el de Hiperdulía.